

INSPIRACIÓN

Detrás de él, los rastros de las huellas.

Debajo de él, un buen caballo galopante.

Delante de él, millas de camino por recorrer.

Dentro de él, una firme determinación.

Los ojos entrecerrados. El mentón firme. Huesudo. Los jinetes del servicio de correo “Pony Express” tenían una asignación: entregar el mensaje con seguridad y rapidez.

Ellos aprovechaban todas las ventajas: el camino más corto, el caballo más rápido, la montura más ligera. Aun la caja más liviana para su comida.

Solo contrataban a los robustos. ¿Podían dominar a los caballos? ¿Enfrentar el calor? ¿Podían correr más rápido que los ladrones y sobrevivir las tormentas de nieve? Se preferían a los jóvenes y huérfanos. Aquellos que eran seleccionados recibían \$125 dólares mensuales (un buen sueldo en 1860), un revólver marca Colt, un rifle de peso ligero, una camisa de un rojo fuerte, pantalones azules, y ocho horas para recorrer 130 kilómetros, seis días a la semana. Trabajo duro y un salario alto.

Pero el mensaje valía la pena. Al apóstol Pablo le hubiese encantado el “Pony Express”. A él, así como a los jinetes, se le había confiado un mensaje.

“Estoy en deuda con todos”, dijo Pablo a la iglesia en Roma (Rom. 1:14 NVI). Él tenía algo para ellos, un mensaje. Se le había confiado como a un mensajero del “Pony Express” un mensaje divino, el evangelio. Nada le importaba más a Pablo que el evangelio. “No me avergüenzo del evangelio”, escribió después, “pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen” (Rom. 1:16 NVI). Pablo existió para entregar el mensaje. La manera en que la gente se acordara de él era algo secundario. (De otro modo, ¿por qué se presentaba como un esclavo? Rom. 1:1). La manera en que la gente recordara a Cristo era lo principal. El mensaje de Pablo no se trataba de él. Su mensaje era completamente acerca de Cristo. (De *No se trata de mí*, por Max Lucado).